

Imprenta, Papelería, Objetos de Escritorio

José Martínez Lahiguera

Casas Ibáñez



En este establecimiento Tipográfico, movido con Motor eléctrico y surtido de material moderno, se hacen toda clase de trabajos á una ó varias tintas.

Practicidad y economía en los encargos



Codos nuestros impresos son cuidadosamente hechos y de atrosa presentación

Billetejes y programas para espectáculos

Cartas, Sobres, Facturas, Recibos, Vales, Memorandums, Contratos, Talonarios, Prospectos, Circulares, Recetas, Tarjetas, Recordatorios, Participaciones de enlace, Reglamentos para Comités y Sociedades.

Impresos para Ayuntamientos Juzgados y Recaudadores

Sellos de Canchú y Metal : Placas para rotulaciones de Calles

Plumas Estilográficas y Cintas para Máquinas de Escribir

Libros y Material para Escuelas

Estuches y carpetas de papel y sobres.—Archivadores para cartas y facturas.—Libros para contabilidad.—Escribanías.—Tinteros de Cristal.—Reglas.—Cuadradillos.—Carpetas de Escritorio.—Libros de Cochina (para comer bien).—Diccionarios.—Estuches y papel para dibujo.—Libretas y Blocs de todas clases y tamaños.—Lápices.—Papel secante.—Cartulinas.—Papeles seda, blanco y de colores.—Hojas de papel oro y plata.—Papel cebolla.—Papel cristal.—Papel transparente para Cristales, colores y dibujos de mucha novedad.—Pegamin, Pasta blanca y Goma líquida.—Pesa-cartas.—Papeleras.—Timbres.—Raspadores.—Mojasellos.—Ceniceros.—Scafirmas.—Sacapuntas.—Clips.—Libros de cuentas ajustadas.—Plegaderas.—Gomas de Borrar y para Cartera.—Contratos de arrendamiento.—Recibos para préstamos y cobros de rentos.—Pizarras y Pizarritas.—Papeles satinados, blancos y de colores.—Papeles barba.—Servilletas Japonesas para Bodas y Bautizos.—Papeles para Basares y otros mil artículos.

Tintas "Sama" y "Pelikán"  Novelas instructivas

que la cosa no daba para más, pero limpios como soles; tan limpios como el alma de la que los lavaba y cosía. Entre, señora, entre; el arcángel la acompañará, porque ya dijo el Señor allá, abajo, que bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios; entre á verle por toda la eternidad.

—Venga, señora—dijo San Miguel tomándola de la mano—á poseer el reino de los cielos que prometió el Señor á los pobres de espíritu. Y el alma de la pobre mujercilla entró en la mansión celestial.

—Ahora venga usted—dijo San Pedro á la impaciente.—No; esto no está pasable. También anduvo usted con trapos pero fué con los sucios de sus prójimos que sacaba á relucir su lengua maldiciente. Váyase, váyase por ese camino á limpiarse, hasta que se aquieten las tempestades de odio que usted revolvió con sus chismes. Ya tardará en volver, porque aquellos dejaron bastante cola. Pero conformérese porque al fin, la misericordia del Señor permite que vuelva usted alguna vez.

Señora, continuó San Pedro, dirigiéndose á la tercera. La cuenta de usted le es poco favorable, porque de ella resulta que usted no anduvo con trapos ni limpios ni sucios, porque ni trapos se pueden llamar aquellas cosas transparentes y escasisimas que usted traía en la tierra sobre su cuerpo, tan escasos como su pudor y provocando la lascivia de los que la miraban y que por el escándalo de usted están ahora en el infierno.

—Pero si yo...

—Señora, la justicia de Dios no puede permitir que habiendo usted llevado á tantos al infierno, vaya usted á gozar de El, mientras ellos sufren por toda la eternidad.

—Yo no lo hacía con mala intención.

—No tiene usted disculpa; como si fuese poco su propio discernimiento, oyó usted condenar su impudicia y señalar su pecado de escándalo, y usted llamó ridiculeces y escrípulos las voces de su conciencia, los preceptos de la moral y los mandamientos de Dios, para poder creerse libre de ncar lo que era un pecado grave y ocasión de los peados de los que con sus incitaciones incurrieron en ellos y se condenaron.

—Pero entonces...

—Entonces, tiene usted que ir por ese otro camino, por el que no se vuelve nunca. Váyase, señora, váyase; se lo tengo que decir con la pena de ver un alma más que se pierde para Dios.

—¡Yo no voy...!

—Tiene usted que ir, señora; tiene usted que ir—dijo San Pedro, mientras se retiraba secando con la orilla de su manto unas lágrimas que le arrancaba la compasión.

Y un ángel, un hermoso ángel, tan hermoso como entristecido, tuvo que conducir á la pobre alma hacia el camino del infierno; y la alejó, la alejó hasta apartarla de la región de la luz donde, no tristes, sino llenos de satánica alegría la arrebataron violentamente las espíritus de las tumbas, al abismo sin fondo de la condenación eterna.

J. R. SPOK.

—Anda, Pedro; ahórrame ese pesar que me apena el corazón, y déjame ir á complacerme y consolarme en tantas almas que me siguieren hasta aquí. Las inmaculadas y puras de niños y de vírgenes...

—¡Oh, Señor, cómo las envidio, yo que por pecador, heube de rogarte que te apartases de mí y que no estaría aquí ahora si Tú no hubieses usado conmigo de misericordia!

—También me complazco, Pedro, en los que, si pecaron, libraron sus pecados; ya sabes que tengo más alegría por la llegada de un pecador arrepentido que por la de cien justos.

—¡Oh, Señor y Dios miol Obra fué de tu gracia mi arrepentimiento, y yo no podré nunca cantar debidamente tus misericordias con quien te negó. ¡Cómo no había de llorar tu pecado si te amaba! Porque yo te amaba, Señor, aunque aquella noche...

También, Pedro, son mi gozo los que me confesaron y enseñaron á otros mis caminos.

—¡Oh Dios miol Tú me hiciste pescador de hombres, y si los coges en mi red, fué porque Tú me decías donde y cuando la había de hechar, y me ayudabas, sosegando las tempestades.

—Pedro: También son mi alegría los que murieron por la gloria de mi Nombre.

—No hice, Señor, más que morir por quien murió por mí, y por bien pagado me tenía ya con las penas y persecuciones que, sufridas por Ti, me parecieron más dulces.

—¡Oh Pedro! queda en paz.

—En tu paz, Señor, me dormí y descansaré por toda la eternidad. Y el Señor paseará en el cielo irradiando luz y alegría sobre los bienaventurados que se inclinaban á su paso como mies dorada al soplo de la brisa y que con el riego de los raudales de gozo que corren por la gloria, embaltaban el verde prado de eterno y confiado deseo con las flores de sus virtudes rojas de amor, blancas de pureza, moradas de penitencia, emanando fragante incienso de alabanzas y cantando al cordero, gloria, honor y bendición por los siglos de los siglos.

Pedro le miraba marchar desde la Muestra, gozándose en la gloria de su Maestro; pero había de cumplir el encargo que de El había recibido y ya se sentían á la puerta de entrada unos golpes de llamada, y se oía una voz femenina que decía:

—Al señor San Pedro debió de atraersele el reloj.

Fuese, pues, á la puerta, y al abrirla vió allá fuera tres mujeres; una, que recogida esperaba pacientemente; otra, (la que se había quejado) que quiso colarse de rodón, y otra tercera que se mantenía inquieta y recelosa á alguna distancia.

—Espere, señora, espere—dijo San Pedro á la impaciente. Hay que ver los pasaportes, y además no le corresponde á usted ser la primera. Espere usted un poco, muy poco tiempo, pues no será mucho el que emplee con esta otra señora que parece que lo trae todo en regla. Ya deba usted traer sabido que aquí se despacha por el orden del feneamiento y que ella dejó la vida antes que usted.

—Ea que, como ella es...

—Cállese, cállese y déjela en paz. A ver, señora —dijo dirigiéndose á la primera. Bien, está bien; tiene usted todos los documentos en regla. Perfecta devoción, resignación con la voluntad de Dios, que siempre aceptó remendando y lavando los trapitos de sus padres, de su esposo y de sus hijos. Ya los veis ya desde aquí muy remendaditos sí, por-